

so del tiempo; nada le resta que hacer más que recoger las desgracias, y el coro exclama: «Que un anciano es una sombra que vaga errante a la claridad del día.» *Onar emerophanton alainei.*

Cuando estaba en los primeros encantos de mi inspiración, invité a mi hermana a que me imitara, y pasábamos los días consultándonos mutuamente y comunicándonos lo que habíamos hecho y lo que pensábamos hacer. Juntos comenzamos algunas obras, y, guiados por nuestro propio instinto, traducíamos los más bellos y tristes pasajes de Job y de Lucrecio sobre la vida: el *Tædet animam meam vitæ meæ*: el *Homo natus de muliere*: el *Tum porro puer, ut sævis projectus ab undis navita*, etc. Lucila ha dejado unas treinta páginas manuscritas, que no pueden leerse sin sentir una profunda conmoción. La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de estas páginas, ofrecen una mezcla del genio griego y del germánico.

LA AURORA

«¡Qué dulce claridad acaba de inundar el Oriente! ¿Es, acaso, la joven Aurora que entreabre al mundo sus hermosos ojos, cargados aún con la languidez del sueño? ¡Date prisa, encantadora diosa! Abandona el tálamo nupcial y vístete el traje de púrpura: reténgalo entre sus nudos un muelle cinturón; que no oprima tus delicados pies calzado de ninguna especie; que no profane adorno alguno tus lindas manos destinadas a entreabrir las puertas del día. Mas, ya veo que te vas levantando sobre una colina umbrosa. Tus cabellos de oro caen en húmedos bucles sobre tu sonrosado cuello. Puro y perfumado es el aliento que exhala tu boca. ¡Tierna deidad! La naturaleza entera sonríe a tu presencia: de las lágrimas que derramas nacen las flores.»

A LA LUNA

«¡Casta diosa! Diosa tan pura, que ni aun las rosas del pudor se mezclan a tus tiernos resplandores; me atrevo a tomarte por confidente de mis sentimientos. Yo tampoco tengo, como tú, por qué ruborizarme de mi propio corazón. Mas, a veces, el recuerdo del juicio injusto y obcecado de los hombres cubre mi frente de nubes, como suele estarlo también la tuya. Las miserias y errores de este mundo

me inspiran mis sueños, lo mismo que a ti. Pero, más feliz que yo, tú, ciudadana de los cielos, conservas siempre la serenidad: las borrascas y tempestades que se elevan de nuestro globo no alcanzan a tu pacífico disco. Amable diosa, en cuya contemplación se recrea mi tristeza, derrama tu frío reposo sobre mi alma.»

LA INOCENCIA

«Hija del cielo, amable inocencia; si yo me atreviera a hacer una débil pintura de algunos de tus rasgos, diría que ocupas en la infancia el lugar de la virtud, el de la prudencia en la primavera de la vida, el de la belleza en la vejez, y el de la felicidad en el infortunio; que, ajena a nuestros errores, no viertes más que lágrimas llenas de pureza, y que tu sonrisa es celestial. ¡Bella inocencia! ¿Temblarías tú, aun cuando te vieras cercada de peligros y te asestase sus tiros la envidia? ¿Tratarías de substraerte, modesta inocencia, a los males que te amenazan? No; yo te estoy viendo en pie, dormida, y con la cabeza apoyada sobre un altar.»

Mi hermano solía ir acompañado algunas veces por un joven, consejero del parlamento de Bretaña, el señor de Malfilatre, primo del infortunado poeta de este nombre. Yo creo que Lucila concibió, sin saberlo, una pasión secreta hacia aquél, y que aquella pasión sofocada, era el origen de su melancolía. Mi hermana adolecía, además, de la misma manía que Rousseau, aunque no tenía su orgullo; estaba en la creencia de que todo el mundo se había conjurado contra ella. Todos cuantos la conocieron la admiraron, desde el señor de Malesherbes hasta Champfort. Se comprometió en las luchas revolucionarias en Rennes, y estuvo a riesgo de ser encerrada en el castillo de Combourg, convertido en calabozo durante el terror. Se casó con el señor de Caud, del cual quedó viuda al año de su casamiento. Cuando regresé de mi emigración volví a verla: más adelante diré cómo desapareció, y cuánto plugo a Dios afligirme por esta causa.

He regresado de Montboissier, y he aquí las últimas líneas que trazaré en mi ermita; fuerza es abandonarla, conservando el recuerdo de estos hermosos adolescentes que empezaban a ocultar y cononar a su padre entre sus espesas filas.

Ya no veré más la magnolia, que prometía su rosa a la tumba de mi Floridiana; el pino de Jerusalén y el cedro del Líbano, que fueron consagrados a la memoria de Gerónimo; el laurel de Granada, el plátano de la Grecia, ni la encina de la Armórica, a cuyos pies pinté a Blanca, canté a Cimodocea, e inventé a Velleda. Estos árboles, que nacieron y crecieron con mis meditaciones, y que eran las Hamadryades, van a pasar a poder de otro: ¿los amará su nuevo dueño como yo los amaba? Quizás los deje perecer; ¿quién sabe si hasta los echará por tierra? Ya no debo conservar nada sobre este suelo. Al dar mi último adiós a los bosques de Aulnay, no podrá menos de ocurrirse a mi memoria mi última despedida a los bosques de Combourg.

La afición que mi hermana me inspiró hacia la poesía vino a producir en mí los mismos efectos que el aceite arrojado al fuego. Mis sentimientos adquirieron un nuevo grado de fuerza; un deseo vanidoso cruzó por mi espíritu; creí un instante en mi *talento*; pero habiendo recobrado pronto una justa desconfianza de mí mismo, comencé a dudar de él, como he dudado siempre. Empecé a considerar mi trabajo como una mala tentación, y acusaba a Lucila por haber hecho nacer en mí una inclinación desgraciada; dejé de escribir, y me puse a llorar mi gloria venidera, como otro pudiera llorar la pérdida de sus pasadas glorias.

Vuelto a mi primera ociosidad, sentí, entonces más que en otras ocasiones, lo que faltaba a mi juventud; yo era un misterio para mí mismo. No podía ver una mujer sin turbarme, ruborizándome si ella me dirigía la palabra. Mi timidez excesiva con todo el mundo era tan grande cuando estaba entre el bello sexo, que hubiera preferido cualquier tormento a encontrarme a solas con una mujer; pero inmediatamente que ésta se separaba de mi lado, la llamaba con todas mis fuerzas. Recordaba claramente las descripciones de Virgilio, de Tibulo y de Massillon; pero la ternura filial y fraternal engañaba mis ideas acerca de otra ternura menos desinteresada. Si me hubieran entregado las esclavas más bellas de un serrallo, no hubiera sabido qué pedirles. La casualidad vino a ilustrarme sobre este punto.

Un vecino del dominio de Combourg, fué al castillo con su mujer, que era muy linda, a pasar algunos días con nosotros. No recuerdo lo que ocurrió repentinamente

en la aldea, que todo el mundo se dirigió corriendo a la ventana para enterarse de lo que sucedía. Yo llegué el primero, y oyendo detrás de mí los pasos de la forastera, me volví hacia ella, deseando cederle el sitio; pero, involuntariamente, me cerró el paso, y me sentí oprimido entre ella y la ventana. Ignoro lo que pasó entonces en mi interior.

Desde aquel instante entreví que el amar y ser amado de una manera que era para mí desconocida, debía ser la suprema felicidad. Si hubiese hecho lo que hacen los demás hombres, bien pronto hubiera conocido los placeres y las penas de la pasión, cuyo germen abrigaba mi pecho. El ardor de mi imaginación, mi timidez y la soledad, fueron causa de que, en vez de demostrar mis pensamientos, me replegase sobre mí mismo; a falta de un objeto real, evoqué, con el poder de mis vagos deseos, una visión, que no me abandonó jamás. No sé si la historia del corazón humano ofrece otro ejemplo de esta naturaleza.

FANTASMA DE AMOR. — DOS AÑOS DE DELIRIO. — OCUPACIONES Y QUIMERAS. — MIS DIVERSIONES EN EL OTOÑO. — ENCANTAMIENTO.

Me formé a mi antojo una mujer, de todas cuantas mujeres había visto: tenía el talle, el cabello y la sonrisa de la forastera que me oprimió contra su seno, y le di los ojos de una joven de la aldea y la freseura de otra. Los retratos de las grandes señoras del tiempo de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, que adornaban el salón, me proporcionaron algunos otros rasgos, y había ido a copiar encantos hasta a los cuadros de las vírgenes suspendidas en las iglesias.

Esta encantadora me seguía invisible a todas partes; hablaba con ella como con un ser real, y la cambiaba a medida de mi deseo. Afrodita sin velo, Diana vestida de azul y rosa, Talía con su máscara risueña, y Hebe con la copa de la juventud; era como una hada que la naturaleza hubiera sometido a mi voluntad. A cada momento estaba retocando mi lienzo y quitaba a mi deidad una de sus gracias para reemplazarla con otra. A veces cambiaba también sus adornos, tomándolos prestados de todos los países, de todos los siglos, de todas las artes y de todas las religiones.

Pigmaleón estuvo menos enamorado

de su estatua; me preocupaba, sin embargo, el modo de agradar a la mía. No reconociendo en mí mismo nada de lo que era preciso para ser amado, me prodigaba todo aquello que me era necesario. Montaba a caballo como Cástor y Pólux; tocaba la lira como Apolo; Marte manejaba sus armas con menos fuerza y destreza que yo; hacíame héroe de novela o de historia, y ¡cuántas ficticias aventuras no acompañaba a estas ficciones! Las sombras de las hijas de Morven, las sultanas de Bagdad y de Granada, las castellanas de las antiguas viviendas feudales, baños, perfumes, danzas, placeres del Asia; todo me lo apropiaba por medio de una mágica varita.

Mi sílfide era una joven reina, adornada con diamantes y flores, que iba a buscarme a media noche, al través de los jardines de naranjos, en las galerías de un palacio bañado por las olas del mar, situado en las embalsamadas playas de Nápoles o de Mesina, bajo un cielo de amor, que el astro de Endimión iluminaba con su luz: estatua animada de Praxíteles, avanza por entre sus estatuas inmóviles; el leve rumor de sus pasos sobre los mosaicos de los mármoles se mezcla con el murmullo insensible de los campos de la oleada. Vémonos rodeados de amaranto por todas partes. Me arrojo a los pies de la soberana Enna, y las sedosas ondas de su suelta diadema acarician mi frente, cuando inclina sobre mi rostro su cabeza de diez y seis años y cuando sus manos se posan sobre mi seno palpitante de respeto y de voluptuosidad.

Pero al salir de estos ensueños me volvía a encontrar hecho un pobre bretoncillo obscuro, sin gloria, sin belleza, sin talentos; que no atraería las miradas de nadie; que habría de pasar ignorado, y a quien ninguna mujer amaría jamás, y entonces se apoderaba de mí la desesperación, y no osaba levantar los ojos sobre la brillante imagen que iba siguiéndome.

Durante los dos años que duró este delirio, las facultades de mi alma llegaron al más alto grado de exaltación. Yo hablaba poco, y dejé de hablar; solía estudiar también, y arrojé los libros. Mi inclinación a la soledad se redobló entonces. Presentaba todos los síntomas de una pasión violenta; mis ojos se iban hundiendo, y enflaquecía por grados; no dormía; estaba distraído, triste, enardecido y uraño.

Al Norte del castillo había un arenal inculto, sembrado de piedras drúidicas,

donde iba a sentarme a la puesta del sol. Las doradas cimas de los bosques, el esplendor de la tierra y la estrella crepuscular, que centelleaba al través de las nubes, volvían a traerme mis sueños. Hubiera deseado disfrutar este espectáculo con el objeto ideal de mis ansias. Seguía con mi pensamiento al astro del día, confiándole la conducción de mi deidad para que la presentase radiante como él al universo y recogiese sus homenajes. El viento de la tarde, que destruía la redocilla tendida por el insecto sobre la punta de las hierbas, y la alondra que se posaba sobre un canto, me volvían a la realidad: entonces dirigía mis pasos hacia el castillo, con el corazón oprimido y abatido semblante.

En verano, cuando había tempestad, me iba a la gran torre del Oeste. El trueno, que retumbaba por encima de los caballetes del castillo; la lluvia, que caía haciendo un ruido sordo; los techos piramidales de las torres y el relámpago que surcaba la nube y marcaba con una llama eléctrica las veletas de metal, provocaban mi entusiasmo, llamaba al rayo como Ismen sobre las murallas de Jerusalén, porque esperaba que me traería a mi Armida.

Cuando estaba el tiempo sereno, cruzaba el Mallo grande, alrededor del cual había unas praderas cortadas por setos de sauces. En uno de estos sauces hice un asiento, que era una especie de nido, y allí, aislado entre el cielo y la tierra, pasaba horas enteras con las silvias: mi ninfa estaba a mi lado. También asociaba su imagen al encanto de aquellas noches de primavera, impregnadas de la fresca del rocío, de los trinos del ruiseñor y del murmullo de las brisas. Otras veces, siguiendo mi camino, escuchaba los rumores que salen de los sitios no frecuentados; aplicaba el oído a cada árbol; creía oír cantar en los bosques a la claridad de la luna; quería repetir estos placeres, y espiraban las palabras en mis labios. Sin saber cómo, la volvía a encontrar en los acentos de la voz, en la vibración de las cuerdas de un arpa, y en los sonidos melancólicos y armoniosos de una trompa o de una armónica. Sería demasiado prolijo referir los viajes que hacía con mi flor de amor; cómo visitábamos las ruinas célebres de Venecia, Roma, Atenas, Jerusalén, Menfis y Cartago; cómo cruzábamos los mares; cómo pedíamos la felicidad a las palmeras de Otaiti y a los bosques embalsamados de

Amboina y de Tidor; cómo íbamos a despertar a la aurora a la cima del Himalaya; cómo navegábamos por los ríos santos, cuyas esparcidas ondas circuyen las pagodas con bolas de oro, y cómo dormíamos, por último, en las orillas del Ganges, mientras que el bengalí, reclinado sobre el mástil de una canoa de bambú, cantaba su barcarola indiana.

La tierra y el cielo no existían para mí; habíame olvidado especialmente del último; pero, si no le dirigía mis votos, en cambio cambiaba la voz de mi secreta miseria, porque yo sufría, y los padecimientos equivalen a las plegarias.

Cuanto más triste era la estación, más en armonía estaba conmigo: la época de los hielos entorpece las comunicaciones y deja aislados, por lo tanto, a los habitantes de los campos: entonces suele hallarse uno más al abrigo de los hombres.

Yo veía con un placer indecible la vuelta de la estación de las tempestades, el paso de las palomas torcaces y de los cisnes, y la reunión de los grajos en la pradera del estanque para ir a empingorotarse al anochecer sobre las más altas encinas del Mallo grande. Cuando se divisaba por la noche un vapor azulado en las encrucijadas de los bosques, y se oían los ayes o las canciones lastimeras del viento en las dobladas puntas de los árboles, entraba yo en plena posesión de las simpatías de mi naturaleza. Al encontrar a algún labrador en el extremo de un barbecho, me detenía para mirar a este hombre, que había brotado de la sombra de las espigas, entre las cuales debía ser segado, y cuyo sudor ardiente se mezclaba con las heladas lluvias del otoño cuando revolvió la tierra de su tumba con la aguda reja del arado: el surco que iba abriendo era el monumento destinado a sobrevivirle. ¿Qué hacía entretanto mi elegante demonio? Me conducía por medio de su magia a las orillas del Nilo; mostrábame la pirámide egipcia sumergida en la arena, como el surco armoricano lo estuvo algún día bajo los matorrales: yo me aplaudía el haber colocado los ilusorios cuentos de mi felicidad fuera del círculo de las realidades humanas.

Al llegar la noche me embarcaba en el estanque y conducía yo solo mi batel por entre los juncos y las anchas hojas flotantes de nenúfar. También allí se reunían las golondrinas para irse a invernar a otras regiones: yo no perdía ni el más

imperceptible de sus cánticos. A la caída del sol jugueteaban sobre el agua, perseguían los insectos, se lanzaban, reunidas, al espacio como para probar sus alas, precipitándose después hasta rozarse con la superficie del lago, y yendo a posarse en seguida sobre las cañas que apenas encorvaban su peso, y que se impregnaban de sus confusos cánticos.

Caía la noche: el viento agitaba los campos de juncos y espadañas, donde dormía en silencio la caravana volátil, las pollas de agua, las cercetas, las arveles y las gallinetas ciegas; el estanque batía sus orillas; las voces imponentes del otoño salían de las marismas y de los bosques; amarraba mi batel y me dirigía hacia el castillo. Daban las diez. No bien me había retirado a mi aposento, cuando, abriendo mi ventana y fijando mis miradas en el cielo, empezaba mi encanto. En brazos de mi maga me remontaba sobre las nubes: envuelto entre sus cabellos y sus velos, iba, a merced de las tempestades, a agitar la enramada de los bosques, a conmover las crestas de las montañas, o a levantar torbellinos en los mares. Ya me balancease en el espacio, ya descendiese del trono de Dios a las puertas del abismo, los mundos estaban entregados al poder de mis amores. En medio del desorden de los elementos, unía con embriaguez el pensamiento del placer con el del peligro. Las ráfagas del aquilón me traían únicamente los suspiros de la voluptuosidad; el rumor de la lluvia me invitaba a entregarme al sueño sobre el seno de una mujer. Las frases que a ésta dirigía hubieran sido bastantes para devolver a la vejez el fuego de la juventud, y para enardecer el inanimado mármol de los sepulcros. Ignorándolo todo y sabiéndolo todo, virgen y amante a la vez. Eva inocente y Eva culpable, la encantadora que me traía vuelto el juicio era una mezcla de misterios y de pasiones; yo la ofrecía mi adoración y la colocaba sobre un altar. El orgullo de ser amado de ella daba a mi amor nuevos quilates. Cuando la veía andar, me arrojaba a sus pies para que me pisoteara o para besar sus huellas. Turbábame al ver su sonrisa; me hacía temblar el eco de su voz, y me estremecía cuando tocaba lo que ella había tocado. El hálito que exhalaba su húmeda boca penetraba hasta la medula de mis huesos, corriendo por mis venas en lugar de sangre. Una sola de sus miradas me hubiera hecho volar del uno

al otro confín de la tierra; ¿qué desierto no hubiera bastado con ella a mi amor? A su lado se hubiera convertido en palacio para mí el antro de los leones, y dos millones de siglos hubieran sido demasiado breves para apagar el fuego que me abrasaba el alma.

Este furor iba acompañado de una idolatría moral: merced a otro giro de mi imaginación, aquella Friné era también para mí la gloria y el honor: la virtud, al poner en práctica sus nobles sacrificios, y el genio, al producir el más extraordinario pensamiento, apenas podrían dar una idea de otra especie de felicidad. Mi sublime creación me proporcionaba a la vez todos los halagos de los sentidos y todos los goces del alma. Abrumado y sumergido hasta cierto punto en estas dobles delicias, no sabía ya cuál era mi verdadera existencia; era hombre, y no lo era; me parecía ser a veces una nube, el viento, el ruido; era un puro espíritu, un ser aéreo que cantaba la suprema felicidad. Me despojaba de mi humana naturaleza para fundirme con la hija de mis deseos; para transformarme en ella; saboreando más íntimamente la belleza; siendo a la vez la pasión dada y recibida, el amor y el objeto del amor.

De repente, y al darme cuenta de mi locura, me precipitaba sobre mi colcha, me envolvía en mi dolor, y regaba mi lecho con ardientes lágrimas, que nadie veía, y que corrían miserables por una nada.

TENTACIÓN. — ENFERMEDAD. — TEMO Y RESUSO ABRAZAR EL ESTADO ECLESIASTICO. — PROYECTO DE VIAJE A LAS INDIAS. — UN MOMENTO EN MI CIUDAD NATAL. — RECUERDO DE VILLENEUVE Y DE LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA. — VUELVO A SER LLAMADO A COMBOURG. — ÚLTIMA ENTREVISTA CON MI PADRE. — ENTO EN EL SERVICIO. — ADIÓS A COMBOURG.

Al cabo de un rato, y siéndome insoportable la permanencia en mi aposento, bajaba al través de las tinieblas, abría furtivamente la puerta de la gradería y me iba a vagar por el bosque.

Después de haber caminado algún tiempo, agitando mis manos y abrazando los vientos, que se me escapaban como la sombra que perseguía, me apoyaba en el tronco de una haya, miraba los cuervos que se alejaban volando, o la luna que derramaba su pálida luz sobre las

peladas cimas de los árboles: de buen grado hubiera deseado vivir en aquel mundo muerto donde se reflejaba la palidez del sepulcro. No sentía la humedad ni el frío de la noche; el mismo frío del amanecer no hubiera conseguido sacarme del fondo de mis pensamientos si no hubiese llegado entonces a mis oídos el eco de la campana de la aldea.

En muchos lugarillos de la Bretaña se toca a muerto a la venida del día. A mi alma, herida y enferma, nada cuadraba mejor que el ser restituida a las tribulaciones de la existencia por la campana que anunciaba su última hora. Representábame en mi imaginación al pastor que había expirado en su cabaña desconocida, y cuyo cadáver depositarían en un cementerio no menos ignorado. ¿Qué misión fué la de ese hombre sobre la tierra? ¿Qué hacía yo mismo en este mundo? Puesto que debía emigrar de él, ¿no era preferible partir con el fresco de la mañana y llegar a buena hora, que terminar el viaje abrumado bajo el peso y el calor del día? La idea de no ser despertó en mi corazón un gozo súbito.

Ligado cada vez más fuertemente a mi fantasma, y no pudiendo gozar de lo que no existía, mi estado era bastante semejante al de esos hombres mutilados, que sueñan bellezas imposibles para ellos, y que se forjan un sueño ilusorio, cuyos placeres igualan a los tormentos del infierno, y era, además, tan ingenioso en forjarme padecimientos, que me había colocado entre dos desesperaciones: creíame unas veces un ser nulo e incapaz de elevarme sobre los hombres vulgares, al par que otras me parecía poseer algunas prendas que no serían apreciadas jamás. Un secreto instinto me predecía que, a medida que fuera avanzando en el mundo, no encontraría nada de lo que buscara.

Todo contribuía a acrecentar la amargura de mis disgustos. Lucila era desgraciada; mi madre no me prodigaba ningún consuelo, y mi padre me hacía experimentar los grandes terrores de la vida. La edad hacía aumentar su melancolía; la vejez roía su alma como su cuerpo, y me espiaba constantemente para regañarme. Cuando, al regresar de mis salvajes excursiones, lo veía sentado sobre la gradería, hubiera preferido morir antes que entrar en el castillo. Pero esto no era más que dilatar mi suplicio; precisado a presentarme a la hora de cenar, me sentaba desconcertado en el borde de mi silla, con

las mejillas azotadas por la lluvia y el cabello en desorden. Abrumado por las miradas de mi padre, me quedaba inmóvil y corría por mi frente un sudor copioso: escapóseme, al fin, la última fibra de la razón.

Al llegar a esta parte de mis memorias necesito hacer un esfuerzo para confesar mi debilidad. El ser que atenta contra su vida da menos pruebas del vigor de su alma que del desfallecimiento de su naturaleza.

Tenia yo una escopeta de caza, cuyo fiador estaba tan usado, que no ofrecía ninguna seguridad; un día la cargué con tres balas, y me dirigí a un sitio retirado del Mallo grande. Al llegar allí amartillé la escopeta, introduje el extremo del cañón en mi boca, di tres golpes en el suelo con la culata, repitiendo esta prueba reiteradas veces, al ver que no salía el tiro; la llegada de un guarda suspendió mi resolución: Fatalista sin querer, y sin saberlo, pensé que mi última hora no había llegado aún, y aplacé para otro día la ejecución de mi proyecto. Si me hubiese dado entonces la muerte, todo cuanto he sido me hubiera acompañado a la tumba; nadie habría tenido noticia de la causa que me había impelido a mi catástrofe; hubiera engruesado el número de los desgraciados, y no me hubiera hecho seguir por el rastro de mis penas, como un herido por el rastro de su sangre.

Una enfermedad, fruto de la desordenada vida que llevaba, puso fin a los tormentos de los cuales procedieron las primeras inspiraciones de la musa y los primeros ataques de aquellas pasiones que me destrozaban el alma: aquellas pasiones, vagas aún, se parecían a las tempestades que afluyen de todos los puntos del horizonte: y yo, como inexperto piloto, no sabía por qué lado había de presentar la vela a los vientos indecisos. Hinchóseme el pecho, y se apoderó de mí la fiebre; fueron a buscar a Bazouges, pequeña ciudad distante cinco o seis leguas de Combours, un excelente médico, llamado Cheftel, cuyo hijo representó un papel importante en el asunto del marqués de la Rouërie (1). Cuando me hubo reconocido atentamente, me recetó algunos remedios, y declaró que, ante todo, era preciso que me hiciesen cambiar de método de vida.

(1) A medida que avanzo en edad, encuentro también a los personajes de mis Memorias: la viuda del hijo del médico Cheftel acaba de ingresar en la enfermería de María Teresa: éste es un testigo más de mi veracidad.

(París, nota de 1834.)

El peligro duró seis semanas. Mi madre vino una mañana a sentarse al borde de mi cama, y me dijo: «Hora es ya de que tomes estado; tu hermano tiene el encargo de obtener para ti un beneficio: pero antes de entrar en el seminario es indispensable que consultes detenidamente tu vocación; porque, si bien deseo que abrasces el estado eclesiástico, prefiero mil veces que seas seglar que no un sacerdote escandaloso.»

Fácilmente se comprenderá si la proposición de mi madre era o no oportuna. En las situaciones más graves de mi vida, siempre se me ha ocurrido rápidamente aquello que debía evitar; los impulsos del honor fueron siempre el móvil de mi conducta. Simple abate, me creía puesto en ridículo; obispo, la dignidad del sacerdocio me parecía imponente, y retrocedía con respeto ante el altar. Y aun suponiendo que me decidiera a abrazar tal estado, ¿trataría de hacer esfuerzos para adquirir las virtudes de un prelado o debía limitarme a ocultar mis vicios? Sentíame muy débil para adoptar el primer partido, y demasiado franco para optar por el segundo. Aquellos que me tachan de ambicioso e hipócrita, me juzgan mal: yo no haré fortuna en el mundo, precisamente porque me faltan un vicio y una pasión: la ambición y la hipocresía. La primera podría existir en mí, a lo sumo, como hija del amor propio ofendido: en ocasiones dadas podría desear ser ministro del rey para reírme de mis enemigos; pero en seguida arrojaría por la ventana su corona y mi cartera.

Dije, pues, a mi madre que no tenía una vocación decidida por el estado eclesiástico. Era ya la segunda vez que variaba de proyecto: antes no quise ser marino, y ahora me negaba a ser sacerdote. Restábame la carrera militar, a la cual tenía bastante afición; pero, ¿cómo soportar la pérdida de mi independencia y el rigor de la disciplina europea? Para conciliar ambos extremos discurre un medio original: indiqué a mi padre que iría gustosamente al Canadá a roturar sus bosques, o a las Indias a servir en los ejércitos de los príncipes del país.

Mi padre se contentó con reprender a mi madre por mi versatilidad, y se decidió por mi viaje a las Indias. Me enviaron a Saint-Malo, donde algunos buques hacían sus preparativos para partir a Pondichery.

Dos meses más tarde volví a hallarme solo en mi isla materna: la Villeneuve

acababa de morir. Al ir a llorarla al pie del abandonado y miserable lecho donde expiró, vi el carricoche de mimbre en el cual aprendí a andar sobre este triste planeta. Figurábame que estaba viendo a mi antigua nodriza, mirando desde su alcoba, con amortiguados ojos mis andaderas, este primer monumento de mi vida; la idea de las plegarias que dirigía al cielo la Villeneuve al dejar el mundo, por la felicidad de su hijo de leche, aquella prueba de un cariño tan constante, tan desinteresado, tan puro, me destrozaban el corazón, haciéndome derramar lágrimas de ternura, de sentimiento y de gratitud.

Por lo demás, nada existía ya de mi pasado en Saint-Malo: en vano busqué en el puerto los navíos cuyas cuerdas eran mi recreo en otro tiempo: todos habían partido o sido hechos pedazos; la casa donde viví estaba transformada en posada. Extraño en los lugares de mi infancia, todos preguntaban quién era, y me desconocían, sin otra causa que la de haberse elevado mi cabeza algunas líneas del suelo, hacia el cual volverá a inclinarse dentro de pocos años. ¡Cuántas veces, y cuán rápidamente cambiamos de existencia y de ilusiones! A los amigos antiguos suceden otros nuevos, nuestros vínculos varían también; constantemente alcanzamos una época en la cual no poseemos nada de lo que poseíamos, ni tenemos nada de lo que tuvimos. La vida del hombre no es una e idéntica, sino que son muchas, distintas entre sí; en esto estriba su miseria.

Falto de un amigo que me acompañara, me paseaba solo por las orillas del mar, que presencié mis castillos de arena. *Campus ubi Troja fuit*. Mi compatriota Abelardo había contemplado como yo aquel mar, hace ochocientos años, pensando en su Eloísa; había presenciado también la desaparición de los buques, (*ad horizontis undas*), y su oído, así como el mío, también escuchó el ruido de las olas. Distráido algunas veces con los funestos pensamientos que había traído de los bosques de Combourg, me exponía a ser arrebatado por el oleaje. El cabo Lavarde, era el término de mis correrías: sentado en el extremo del mismo, me entregaba a las más amargas meditaciones, recordando que aquellas rocas me habían ocultado durante las ferias, y que había devorado en ellas mis lágrimas, en tanto que mis compañeros saltaban y triscaban

de gozo. No era ahora más querido ni más dichoso que entonces. De allí a muy pocos días iba a abandonar mi patria para ir a gastar mi vida en climas lejanos. Estas reflexiones me laceraban el corazón en tales términos, que tuve impulsos de precipitarme al mar.

Una carta de mi padre me obligó a regresar a Combourg: llegué a la hora de cenar; mi padre no me dijo ni una palabra; mi madre no hacía más que suspirar; Lucila estaba consternada; al dar las diez se retiraron todos, y dirigí a mi hermana algunas preguntas; pero ella no sabía nada. A la mañana siguiente me llamaron de parte de mi padre. Bajé, y me dirigí a su gabinete, donde me estaba esperando.

«Caballero, me dijo cuando entré: es preciso que renuncies a tus locuras. Tu hermano ha obtenido para ti un despacho de subteniente en el regimiento de Navarra. Marcharás a Rennes, y de allí a Cambrai. Ahí van cien luises, no los malgastes. Yo estoy ya muy viejo y achacososo, y me restan pocos días de vida. Procura conducirte como hombre de bien, y no deshones jamás tu apellido.»

Dijo, y me estrechó en sus brazos. Su severo y arrugado semblante se acercó al mío con emoción: aquél era para mí el último ósculo paternal.

El conde de Chateaubriand, el hombre tan temible a mis ojos, me pareció en aquel momento el padre más digno de mi ternura. Me apoderé de su mano descarnada, y derramé sobre ella abundante llanto. En aquella época fué cuando sintió el primer ataque de una parálisis que le había de conducir al sepulcro. Su brazo izquierdo se agitaba con un movimiento convulsivo tan fuerte, que se veía precisado a contenerlo con la mano derecha. En esta postura y después de entregarme su espada, me condujo, sin darme tiempo para reconocerme, al cabriolé que me estaba aguardando en el Patio Verde. El postillón partió cuando me despedía por señas de mi madre y de mi hermana, que derramaban abundantes lágrimas.

Al llegar a la calzada del estanque, vi los cañaverales de mis golondrinas, la acequia del molino y la pradera. Dirigí desde allí una última mirada al castillo y principié a avanzar, como Adán después de su pecado, por tierras desconocidas: el mundo entero se extendía ante mi vista: *and the world was all before him*.

Desde entonces no he vuelto a ver a

Combourg más que tres veces: después de la muerte de mi padre nos reunimos allí para dividir nuestra herencia y despedirnos. La segunda, acompañé a Combourg a mi madre que iba a amueblarlo, porque mi hermano debía llevar a su mujer a la Bretaña. Mi hermano no fué, y al poco tiempo recibieron él y su esposa, de manos del verdugo, otro almohadón bien distinto del que les había preparado mi madre. Y la última vez fué cuando me dirigí a Saint-Malo para embarcarme para América. El castillo estaba abandonado y me vi precisado a apearme en casa del mayordomo. Al ver desde una calle sombría del Mallo grande la gradería desierta y las ventanas cerradas, me puse malo, me dirigí trabajosamente a la aldea, pedí mis caballos y partí a media noche.

Después de quince años de ausencia, y antes de abandonar nuevamente Francia para ir a la Tierra Santa, fui a Fougères a despedirme de los restos de mi familia. No tuve valor de emprender la peregrinación, sin volver a ver los campos donde había transcurrido una parte de mi existencia. En los bosques de Combourg fué donde sentí el primer ataque de este fastidio, que he arrastrado conmigo toda mi vida; de esta tristeza que ha sido mi martirio y mi felicidad; allí fué donde busqué un corazón que pudiese armonizar con el mío; allí vi reunirse y dispersarse después a mi familia; allí fué donde mi padre trató de restablecer el brillo de su nombre y la fortuna de su casa, otra quimera que el tiempo y las revoluciones han disipado también. De seis hermanos que éramos, no hemos quedado más que tres: Julia y Lucila no existen; mi madre murió de dolor; las cenizas de mi padre fueron arrebatadas de su tumba.

Si mis obras me sobreviven; si mi nombre perdura, quizás haya algún viajero que, guiado por estas *Memorias*, vaya a visitar los lugares que he descrito. El podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará los grandes bosques; la cuna de mis ensueños ha desaparecido como los ensueños mismos. El antiguo torreón, solo y en pie en lo alto de una roca, llora a sus viejas compañeras, las encinas, que lo circundaban y protegían contra la tempestad. Aislado como él, he visto caer como él en torno mío la familia que embellecía mis días, y a cuyo abrigo me cobijaba; por suerte no está mi vida tan sólidamente arraigada a la tierra como las torres donde he pasado mi juventud,

y el hombre resiste menos a las tempestades que los monumentos que sus manos han erigido.

Berlín, marzo de 1831.

Revisado en julio de 1844.

BERLÍN. — POSTDAM. — FEDERICO. — MI HERMANO. — MI PRIMO MOREAU. — MI HERMANA LA CONDESA DE FARCY. — JULIA EN EL MUNDO. — COMIDA. — POMMEREUL. — MADAMA DE CHASTENAY.

Desde la fecha en que escribí los sucesos que acabo de referir, a la actual, han transcurrido cerca de cuatro años. Mil cosas han sobrevenido de entonces a hoy: actualmente hay en mí un segundo hombre; el hombre político. No obstante, debo advertir, que no soy muy adicto a éste. He defendido las libertades de la Francia, que pueden hacer por sí solas duradero el trono legítimo. Contribuí con *El Conservador* a que el señor Villèle subiera al poder; vi morir al duque de Berry, y he honrado su memoria. Para poder conciliarlo todo he tratado de alejarme, y he aceptado la embajada de Berlín.

Ayer estaba en Postdam, cuartel lleno de adornos que se halla hoy sin soldados: estudié el falso Julián en su falsa Atenas. Me enseñaron la mesa en la cual puso en verso francés un gran monarca alemán las máximas enciclopédicas; la habitación de Voltaire, adornada con monos y papagayos de madera; el molino cuya propiedad respetó aquel que arrebató provincias enteras; la tumba del caballo César, y las galgas de Diana, Amorcillo, Cierva, Soberbia y Paz. El regio imple se complació en profanar hasta la religión de las tumbas, al erigir mausoleos a sus perros; señaló el sitio de su sepultura cerca de la de éstos, menos por desprecio de los hombres que por ostentación de la nada.

Me llevaron también al palacio nuevo, que está ya cayéndose. En el antiguo palacio de Postdam se respetan las manchas de tabaco, los sillones sucios y llenos de jirones, y todas las señales, en fin, que deponen contra el aseo del príncipe renegado. Estos lugares inmortalizan al mismo tiempo la suciedad del cínico, la impudencia del ateo, la tiranía del déspota y la gloria del soldado.

Llamó mi atención la aguja del reloj, fija sobre el minuto en que expiró Federico; me había engañado la inmovilidad de la imagen: las horas no suspenden su

marcha; no es el hombre el que detiene el tiempo, sino el tiempo quien detiene al hombre. Además, importa muy poco el papel que hemos representado en la vida; la obscuridad o el esplendor de nuestras doctrinas, nuestras riquezas o nuestras miserias, nuestros pesares o nuestras alegrías, no cambian a medida que cambian nuestros días. Que la aguja circule por una esfera de oro o de madera; que la esfera sea más o menos grande; esté engastada en una sortija u ocupe toda la fachada de la torre de una basílica, la hora no tiene más que la misma duración.

En el subterráneo de una iglesia protestante y debajo del púlpito del cismático exclaustro, he visto el ataúd del coronado sofista. Este ataúd es de bronce, y retiene cuando se toca. El gendarme que duerme en aquel lecho de metal no despertará de su sueño ni aun con el ruido de su renombre, sino cuando suene la trompeta, llamándole sobre su último campo de batalla a presencia del Dios de los ejércitos.

Sentía interiormente tan imperiosa necesidad de cambiar de impresiones, que hallé un especial consuelo al visitar la casa de mármol. El rey que la mandó construir me dirigió en otro tiempo palabras en extremo honrosas para mí cuando atravesé por medio de su ejército siendo un simple oficial. Este rey participa al menos de las necesidades comunes de los mortales; vulgar como ellos, buscó un refugio en los placeres. ¿Sentirán hoy ambos esqueletos la diferencia que existió entre ellos anteriormente, cuando el uno era Federico Guillermo y el otro Federico el Grande? Sans-Souci y la casa de mármol son, lo mismo una que otra, ruinas sin dueño.

De todos modos, y aun cuando la enormidad de los sucesos de nuestros días haya empujado los sucesos pasados; aun cuando Rosbach, Lissa, Liegnitz, Torgau, etc., etc., no sean más que algunas escaramuzas comparadas con las batallas de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de la Moscovia, Federico el Grande es el que menos mal librado queda entre algunos otros personajes, al compararlos con el gigante encadenado en Santa Elena. El rey de Prusia y Voltaire son dos figuras extravagantemente agrupadas, que vivirán eternamente; el primero fundaba su reino con la filosofía que servía al segundo para destruir una sociedad.

De Combourg a Berlín hay tanta diferencia como de un joven lleno de ilusiones a un viejo diplomático.

Las noches en Berlín son muy largas. Habito un palacio, propio de la señora duquesa de Dino. Al anochecer me abandonan mis secretarios. Cuando no hay fiesta en la corte por el casamiento de la gran duquesa con el gran duque Nicolás (1), permanezco en casa. Encerrado junto a una estufa de color obscuro, sólo llega a mis oídos el grito del centinela de la puerta de Brandeburgo y los pasos sobre la nieve del sereno que canta las horas. ¿En qué invertiré mi tiempo? ¿Con los libros? No los tengo: proseguiré, por lo tanto, mis *Memorias*.

Me separé de vosotros en el camino de Combourg a Rennes, en cuya ciudad fui a hospedarme a casa de uno de mis parientes, quien me manifestó con regocijo que una señora conocida suya, que iba a París, tenía un asiento que ceder en su coche, y que estaba casi seguro de poder persuadirla a que me llevase en su compañía. Yo acepté, maldiciendo la cortesía de mi pariente, quien, después de haber ultimado el trato, me presentó a mi compañera de viaje, la cual era una modista guapa y desenvuelta, que se echó a reír en cuanto me vió. Los caballos llegaron a media noche, y partimos en seguida.

Heme aquí en una silla de posta, a solas con una mujer, y en medio de la noche. ¿Cómo era posible que yo, que no había mirado en mi vida a ninguna mujer sin ruborizarme, descendiese desde la altura de mis sueños hasta aquella espantosa realidad? No sabía cómo ni en dónde me hallaba, y trataba de apretarme cuanto podía al rincón del coche por temor de tocar el traje de la señora Rosa. Cuando me dirigía la palabra, balbuceaba yo sin poder responderla; se vió precisada a pagar al postillón, y a encargarse de todo, porque yo no era capaz de nada. Al amanecer volvió a mirar con nueva sorpresa a este simple, con el que debió sentir haberse puesto en viaje.

Cuando empezó a cambiar el aspecto del paisaje y dejé de reconocer el traje y acento de los aldeanos bretones, caí en un abatimiento profundo, y se aumentó, por añadidura, el desprecio que sentía hacia mí la señora Rosa. Yo conocí perfectamente la clase de sentimiento que había inspirado, y este primer ensayo del

(1) Actualmente emperadores de Rusia.

(Paris, nota de 1832.)

mundo me hizo una impresión que los años no han conseguido borrar por completo. Yo había nacido montaraz, pero no vergonzoso; tenía la modestia, pero no el embarazo que suele ser peculiar de los jóvenes de mi edad. Al adivinar que había caído en ridículo, merced a una de mis buenas cualidades, mi bravura se cambió en una timidez invencible. Ya no pude decir ni una palabra más; comprendí que tenía que ocultar alguna cosa, y que esta alguna cosa era una virtud; tomé, pues, el partido de ocultarme a mí mismo para conservar en paz mi inocencia.

Entretanto, seguíamos avanzando hacia París. Cuando llegamos a la parada de Saint-Cyr, me llamó la atención la anchura de los caminos y la regularidad y simetría de los plantíos. Al poco rato llegamos a Versalles, y me maravillé en extremo al ver el naranjal y sus escaleras de mármol. El buen éxito de la guerra de América había devuelto sus triunfos al castillo de Luis XIV: el trono, que tan próximo se hallaba a su caída, parecía que no había estado jamás más sólido. Y yo, viajero ignorado, debía sobrevivir a aquella pompa; debía quedar para ver los bosques de Trianón, tan desiertos como los que acabábamos de dejar entonces.

Llegamos, en fin, a París. Todos cuantos semblantes encontraba me parecía que revelaban cierto aire burlón; pensaba, como el hidalgo montañés, que me miraban para burlarse de mí. La señora Rosa ordenó que la condujeran a la calle del Mail, al *Hotel de Europa*, apresurándose a deshacerse de su imbécil acompañante. Apenas me había apeado del coche cuando dijo al portero: «Dé a este caballero una habitación. — Servidora de usted», añadió, haciéndome una ligera cortesía. Nunca he vuelto a ver a la señora Rosa.

Delante de mí subió por la escalera negra y empujada, una mujer, llevando una llave rotulada en la mano: seguíanos un saboyano cargado con mi maletilla. Llegamos al tercer piso, la criada abrió la puerta de un cuarto, y el saboyano dejó la maleta, colocándola al través de los brazos de un sillón. La criada me dijo entonces: «¿Se le ofrece algo, caballero?» «No», contesté. Oyéronse tres silbidos; mi interlocutora gritó: «¡Allá voy!». Salí bruscamente, cerré la puerta, y eché a correr con el saboyano por la escalera aba-

jo. Al quedarme solo, se me oprimió el corazón de una manera tan extraordinaria, que faltó poco para que volviese a emprender el camino de Bretaña. Acudía a mi memoria todo lo que había oído decir de París, y me veía contrariado de cien maneras diferentes. Deseaba acostarme y no estaba hecha la cama: tenía hambre, y no sabía cómo arreglármelas para comer. Aquejábame el temor de faltar a los usos de la casa: ¿debía llamar a los criados de la fonda, o bajar en busca suya? Asomé la cabeza por una ventana, y no vi más que un patio interior, por el cual pasaban algunos criados, que no se acordarían probablemente en su vida del prisionero del tercer piso. Me senté de nuevo cerca de la sucia alcoba donde debía dormir, y quedé reducido a contemplar los personajes del papel pintado que había en el interior de la misma. A esta sazón oí un ruido lejano de voces, que se fué acercando poco a poco; ábrese la puerta de mi cuarto, y veo entrar a mi hermano y a uno de mis primos, hijo de una hermana de mi madre, que había hecho un mal casamiento. La señora Rosa se había apiadado, a pesar de todo, del pobre necio, y envió un recado a mi hermano, cuyas señas le dijeron en Rennes, de que ya había llegado a París. Mi hermano me abrazó. Mi primo Moreau era un hombre alto y gordo, que comía como un ogro, que hablaba mucho, que estaba correteando, silbando, y ahogándose todo el día; conocía a todo el mundo y se pasaba la vida en los garitos, en las antecámaras y en los salones. «¡Vamos, caballero!—exclamó al verme—: ya le tenemos en París; le voy a llevar a casa de la señora de Chatenay.» ¿Quién era aquella mujer, cuyo nombre oía por primera vez en mi vida? Esta proposición hizo que me rebelara contra mi primo. «El caballero—dijo mi hermano—tiene necesidad de reposo; iremos, por tanto, a ver a la señora de Tarcy, y después volverá a comer y a acostarse.»

El recuerdo de mi familia, en medio de un mundo indiferente, fué para mí un bálsamo. Salimos. El primo Moreau dijo pestes acerca de mi mala habitación, y ordenó al huésped que me hiciese bajar un piso cuando menos. Subimos al coche de mi hermano, y nos dirigimos al convento donde vivía la señora de Tarcy.

Hacia ya tiempo que Julia había ido a París para consultar a los médicos. Su encantadora figura, su elegancia y su talento la hacían muy apreciable a los ojos

de cuantos la conocían. Ya dije que había nacido con talento especial para la poesía. Ha llegado a ser una santa, después de haber sido una de las mujeres más agradables de su siglo: el abate Carrión ha escrito su vida (1). Estos pastores, que van constantemente tras de las almas, sienten hacia ellas el amor que un padre de la Iglesia atribuye al Creador. «Cuando un alma llega al cielo, dice este padre, con la sencillez de corazón de un cristiano de los primitivos tiempos y con la candidez de un genio griego, Dios la coloca sobre sus rodillas y la llama su hija.»

Julia se entregó inocente en los brazos del arrepentimiento; consagrando los tesoros de su austeridad, a la redención de sus hermanos, y, a imitación de la ilustre africana, su patrona, se hizo mártir.

El abate Carrión, autor de la *Vida de los Justos*, es aquel eclesiástico compatriota mío, el Francisco de Paula del destierro, cuya fama, revelada por los afligidos, sonó al través de la de Bonaparte. El estruendo de una revolución no fué suficiente para ahogar la voz de un pobre vicario proscrito; parecía que había venido de lejanas tierras para escribir las virtudes de mi hermana.

Cuando el nuevo biógrafo describe las religiosas crueldades de Julia, cree uno estar oyendo a Bossuet en el sermón sobre la profesión de fe de la señorita de la Vallière.

«Se atreverá a tocar ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No se apiadará de esa complexión tan delicada? Al contrario: a él es principalmente a quien se adhiere el alma como a su más peligroso seductor: ella se marca los límites; estrechada por todas partes, sólo puede respirar del lado del cielo.»

No puedo menos que sentir cierta confusión al volver a hallar mi nombre en las últimas líneas trazadas por la mano del venerable historiador de Julia. ¿Qué voy a hacer yo con mis debilidades al lado de tan elevadas perfecciones? ¿Acaso he cumplido todo lo que me hizo prometer la carta de mi hermana cuando la recibí hallándome emigrado en Londres? ¿Basta un libro ante la presencia de Dios? Además, ¿mi vida está conforme con *El Genio del Cristianismo*? ¿Qué importa que haya trazado yo las imágenes más o menos brillantes de la religión, si mis pasiones echan una sombra sobre mi fe!

(1) He puesto la vida de mi hermana Julia como suplemento a estas *Memorias*.

No he llegado hasta el fin; yo no he cenado el cilicio; esa túnica de mi viático hubiera embebido y secado mis sudores. Viajero fatigado, me he sentado al lado del camino, y descansado o no, preciso será que me levante y que llegue al término donde ha llegado mi hermana.

Cuando volví a encontrar a Julia en París, se hallaba en medio de las pompas mundanas: se mostraba cubierta de aquellas flores, ataviada con aquellos collares, y velada con aquellos tejidos que San Clemente prohibió a las primeras cristianas. San Basilio quiere que la medianoche sea para el solitario lo que es la mañana para los otros, con el fin de aprovechar el silencio de la naturaleza. La medianoche era precisamente la hora en que mi hermana iba a las fiestas, cuya principal seducción consistía en sus versos, acentuados por ella con una maravillosa eufonía.

Julia era infinitamente más hermosa que Lucila; sus ojos eran azules y muy cariñosos; su cabellera era negra y ondeada. Sus manos y brazos, modelos de blancura y de buenas formas, añadían, con sus graciosos movimientos, un no sé qué de encantador a su esbelto talle. Era alegre y animada; reía mucho, pero sin afectación, y enseñaba, cuando se reía, unos dientes de perlas.

Julia me recibió con esa ternura que es peculiar únicamente de una hermana. Al verme estrechado entre sus brazos me sentí bajo una poderosa protección; nada hay que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle a uno sus hermanos y sus amigos, y lo desconocen sus camaradas; pero no sucede así con su madre, su hermana o su mujer. Cuando fué muerto Harold en la batalla d'Hastings, nadie podía encontrarlo entre los montones de cadáveres: fué necesario, para conseguirlo, recurrir a una joven a quien amaba. Llegó ésta, y el infortunado príncipe fué hallado por Edith en el cuello del cisne: *Editha swaneshales, quod sonat collum cygny*.

Regresamos a la fonda; mi hermano dió orden para que me sirvieran la comida, y se marchó al instante; comí solo y me acosté triste. Pasé mi primera noche en París echando de menos mis matronales, y temblando ante la obscuridad de mi porvenir.

A las ocho de la mañana del día siguiente llegó mi robusto primo, el cual había hecho ya su quinta o sexta expe-

dición: «Arriba, caballero, vamos a almorzar; iremos a comer después con Pommereul, y a la noche le llevaré a casa de la señora de Chatenay.» Parecióme que esto era una fatalidad, y me resigné. Asistimos puntualmente a la cita de la comida en casa del hostelero, y todo cuanto nos sirvieron me pareció detestable. La conversación y los convidados me mostraron otro mundo. No se habló de otra cosa que de la corte, de las sesiones de la academia, de las mujeres y de las intrigas del día, de la última comedia, de los triunfos de los autores, de los actores y de las actrices.

La mayoría de los convidados eran bretones; entre otros, el caballero de Gaer y Pommereul, excelente hablador, que escribió algunas campañas de Bonaparte, y a quien estaba yo destinado a volver a hallar a la cabeza de los librerros.

En tiempo del Imperio gozó Pommereul de cierto renombre, por su odio a la nobleza. Cuando un hidalgo se hacía gentil-hombre de cámara, exclamaba: «¡Otro nuevo servicio sobre la cabeza de estos nobles!» Sin embargo, Pommereul tenía pretensiones, y con justa razón, de ser hidalgo. Firmaba *Pommereul*, titulándose descendiente de la familia de los Pommereul, de las cartas de la señora de Seigné.

Después de comer, quiso mi hermano llevarme al teatro; pero mi primo me reclamó para la señora de Chatenay, y me fué con él a mi destino.

La señora de Chatenay era una mujer hermosa, que había pasado su primera juventud, pero que podía inspirar, sin embargo, todavía alguna afición. Me recibió cordialmente y trató de hacerme perder mi encogimiento natural preguntándome sobre mi provincia y mi regimiento. A pesar de esto, estuve cortado y confuso, y hacía señas a mi primo para que abreviase la visita; pero él continuaba haciendo ponderaciones, sin mirarme, acerca de mis méritos; afirmaba que yo había hecho versos en el vientre de mi madre, y me invitaba a que dedicase algunos a la señora de Chatenay. Afortunadamente, me sacó ésta de tan penosa situación, pidiéndome mil perdones porque tenía que salir, pero invitándome a que volviese a verla a la mañana siguiente, con un sonido de voz tan dulce, que involuntariamente prometí obedecerla.

En cumplimiento de mi promesa, fui solo a verla al otro día, encontrándola

acostada en una habitación elegantemente amueblada. Me dijo que estaba un poco indispueta, y que tenía la mala costumbre de levantarse tarde. Aquella era la primera vez de mi vida que me hallaba al borde de la cama de una mujer que no era ni mi hermana ni mi madre. Conseguí vencer mi timidez de la víspera hasta tal punto, que me atreví a explicarme con una especie de abandono. No recuerdo lo que la dije; pero aun se me figura que estoy viendo su aire de sorpresa. Tendíome un brazo medio desnudo y la mano más hermosa del mundo, y me dijo con semblante risueño: «Ya le iremos domesticando.» Yo no besé aquella hermosa mano, y me retiré lleno de turbación. A la mañana siguiente partí para Cambrey. ¿Quién era aquella señora? Lo ignoro; únicamente sé que se cruzó en mi vida como una sombra encantadora.

Berlín, marzo de 1831.

CAMBREY. — EL REGIMIENTO DE NAVARRA. — LA MARTINIÈRE. — MUERTE DE MI PADRE. — LÁGRIMAS. — ¿HUBIERA LLEGADO YO A OBTENER EL APRECIO DE MI PADRE? — REGRESO A BRETAÑA. — MI ESTANCIA EN CASA DE MI HERMANA MAYOR. — MI HERMANO ME LLAMA A PARÍS.

Uno de mis cuñados, el vizconde de Chateaubourg (casado con mi hermana Benigna después que ésta enviudó del conde de Québriac), me había proporcionado cartas de recomendación para los oficiales de mi regimiento. Era coronel el marqués de Montemart, y mayor el conde de Andrezel, al cual fui recomendado muy particularmente. Más tarde he vuelto a encontrar a los dos. Uno de ellos llegó a ser colega mío en la cámara de los Pares, y el otro se acercó a mí en solicitud de algunos servicios que tuve la dicha de prestarle. Se experimenta un triste placer al encontrar las personas que ha conocido uno en diversas épocas de la vida, y al considerar el cambio verificado en su existencia y en la nuestra.

Llegué al regimiento en traje de paisano, y veinticuatro horas después vestía el traje militar, como si no hubiera usado otro en mi vida. Mi uniforme era azul y blanco, como el hábito que llevé en otro tiempo: en distintas épocas de mi niñez y de mi infancia he usado los mismos colores. Los subtenientes del regimiento no me hicieron sufrir ninguna